

Deporte y valores

Henri Cochet, en una semblanza de su compañero de equipo René Lacoste –otro de los “mosqueteros” del tenis francés–, escribía lo siguiente: “No parecía que, con el paso de los años, fuera a convertirse en un gran campeón. Su disposición atlética era modesta e incluso parecía que no estaba muy dotado para la práctica del tenis. Sin embargo, poseía todas las cualidades morales que le permitirían adquirir la capacidad deportiva que le faltaba. Gracias a ellas, y a un entrenamiento obstinado, logró alcanzar una resistencia legendaria y unas cualidades excepcionales en la pista”. En unas sencillas pero sentidas palabras, Cochet logró poner de manifiesto el trasfondo que sirve de cimiento al deporte y que se destila de su práctica: las cualidades morales. Sir Philip Noel-Baker señalaba –hace ya algunos años– que en la mente de Coubertin bullía la emoción de que el deporte proporcionaba ideales nobles al ánimo de los jóvenes.

Cuando hablamos de deporte lo estamos haciendo de algo que traspasa las simples fronteras de los medios con los que rellenas nuestros momentos de ocio, para convertirse en el útil con el que, como decía Samaranch, encontramos “el estímulo de la iniciativa, el culto educativo del cuerpo, el aprendizaje del respeto al contrario y una escuela de juego limpio”. De ahí la importancia y el interés que despiertan tanto la práctica activa como la enseñanza del deporte. Toda educación no es una educación completa si, a la vez que transmite unos conocimientos, no hace lo mismo con los valores que, al cabo y a la postre, forman a la persona. Los contenidos sin valores son ciegos, carecen de norte y su acumulación engorda el lastre de la erudición, pero no amplía el alma. Por eso, asociar a la espontaneidad de la actividad deportiva el rigor de la educación permite completar el mapa del desarrollo humano, al modo como nos lo repetía la cita clásica de Juvenal: “Mens sana in corpore sano”.

El deporte no es sólo una escuela de salud, es también plasmación primaria de lo que significa la propia vida: una progresión constante en el esfuerzo. La estadounidense Wilma Rudolph se proclamó campeona de velocidad en la olimpiada de Roma, a pesar de que había estado aquejada de parálisis en su infancia. Los ejemplos pueden multiplicarse, pero todos ponen en común el mismo espíritu que traslucen los valores morales en los que la persona se completa. Por eso, se hace más que nunca necesario inculcar a las generaciones jóvenes el significado de la actividad física y su lugar en la economía moral de los individuos. La titulación de CAFD en la UCAM ha acogido el reto con la ilusión de quien está convencido de la importancia de su tarea. Y avanza en la armonía entre deporte y ciencia con la publicación de su revista *Cultura, Ciencia y Deporte*, con la que toma una delantera que el tiempo recompensará debidamente porque, tal y como decía Walter Christie, el entrenador estadounidense, allá por 1908: “Salir, y salir bien, es ganar un poco”.

Joaquín Jareño Alarcón

*Vicerrector de Extensión Universitaria
Universidad Católica San Antonio*